

CESEDEN

"BLITZKRIEG NUCLEAR" Y DISUASION, O BUEN EMPLEO DEL
ARMA NUCLEAR TACTICA

- Por Marc GENESTE

(De la Revista DEFENSE NATIONALE,
Enero 1977).

- Traducción del Comte. PLANELLS BO-
NED.

Junio-Julio 1977

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 111 - V

Si un día se da la batalla en Europa, será de entrada nuclear , como se indica en la literatura militar soviética. ¿Cómo podemos prepararnos para este "blitzkrieg" nuclear del que estamos claramente advertidos? ¿Cómo sobre todo podremos restablecer al nivel europeo una disuasión que, si fracasa, no nos dejaría otra elección que la capitulación o el suicidio? (1).

El artículo de Marc Geneste no prejuzga de ningún modo las causas que podrían conducir a dicho conflicto y no pretende tampoco definir un agresor. Se reduce a escuchar a los maestros del arte militar soviético y a deducir las implicaciones lógicas para nuestra propia táctica y para la consolidación de la disuasión.

"Cualquiera que sea la benevolencia que se pueda tener respecto a las propias concepciones, a veces es útil observar las de los demás", dijo al parecer Winston Churchill.

Pues bien, esto es precisamente lo que acaba de hacer, por cuenta del Pentágono, el norteamericano J.D. Douglas Jr. Ha estudiado todas las publicaciones soviéticas de los últimos diez años, y las dos terceras partes de los 70 textos analizados tratan de los tres últimos años. Este trabajo considerable ha sido sintetizado en una obra cuyo título, "The Soviet Nuclear Offensive", es de por sí una advertencia. Ya que es Europa Occidental la que, desde hace algún tiempo, tiene el temible honor de representar el "teatro" de las posibles operaciones militares dentro del vocabulario -y aparentemente- del espíritu de los dos Grandes...

Por poco que este trabajo se tome en serio -y las Segundas Secciones están ahí para juzgar su valor- la prudencia más elemental aconse-

(1)Blitzkrieg, guerra relámpago.

jaría reflexionar sobre él. Además, la mínima cortesía en relación con el adversario potencial aconseja no reirse de los proyectos que nos afectan directamente y que él tiene la atención de dar a conocer con antelación.

Finalmente y sobre todo, la consideración como hipótesis número 1, la más probable y la más peligrosa a la vez, de la forma de guerra - prevista por el propio adversario en caso de fracaso de la disuasión, abreviaría instantáneamente, en Occidente, las palabras concernientes a la estrategia de defensa que hay que oponerle. Para comenzar, enterraría la "respuesta flexible" de la OTAN, empleo hipotético y tardío de un armamento que los soviéticos eligen deliberadamente, por sí mismos, desde el comienzo de un conflicto en Europa.

Y la parada o réplica a las acciones militares previstas contra nosotros, y tan amablemente expuestas, aparece tan clara y evidente, en ese documento, como las razones perfectamente lógicas, que han llevado al Estado Mayor soviético a adoptarlas. Su opción es la "guerra relámpago nuclear" - y no podía ser de otro modo. Lo traduce la doctrina, el equipo, el entrenamiento y las maniobras del Ejército soviético, lo cual excluye aparentemente toda mistificación... La solución parece mucho más evidente y y fácil, de lo que pudo ser, en otro tiempo, la que debió oponerse al "Blitzkrieg" de Guderian.

La primera constatación, tan tranquilizadora para Norteamérica como grave para Europa, es la aceptación aparente por Moscú de la hipótesis de un conflicto nuclear limitado al "teatro" en el que vivimos. Dicho de otra forma, la escalada a través del Atlántico, que los mismos soviéticos habían considerado siempre inevitable, si las fuerzas de la OTAN utilizaban armas nucleares, a fin de paralizar por el terror el arsenal táctico norteamericano, no sería tan automática e inmediata como lo proclamaban hasta hace poco... Este es el resultado del esfuerzo gigantesco y prioritario realizado por los soviéticos para recuperar el enorme retraso en el marco estratégico que tenían en 1965 respecto a los norteamericanos, trabados en la guerra del Vietnam, en la que enterraban sus créditos militares en detrimento de su Mando Aéreo Estratégico (Strategic Air Command) neutralizado hoy este último por los acuerdos SALT y utilizable solamente -finalmente los norteamericanos lo han reconocido- en caso de un ataque de la misma naturaleza contra Norteamérica, es fácilmente concebible - una explicación similar en los otros, sin arriesgarse demasiado a la destrucción mutua y recíproca de los santuarios nacionales. La limitación a 2.400 lanzadores "estratégicos" por una y otra parte, y el "equilibrio" así obtenido en el nivel internacional significan con toda claridad el cierre de

la sombrilla de los ICBM norteamericanos al abrigo de la cual los Europeos han dormido tanto tiempo y tan imprudentemente.

Este "equilibrio" -cuyo valor es por otra parte más bien de orden psicológico que militar- tiene para Europa una ventaja y un inconveniente. La ventaja es la neutralización de los ICBM soviéticos, anclados al suelo uno tras otro y reducidos a la impotencia por sus homólogos norteamericanos. So pena de perder la paridad, no pueden servir, pues, contra Europa, ni en el "poker" diplomático de tiempo de paz, ni para misiones de destrucción de tiempo de guerra cuyo interés político, por otro lado, es difícil de imaginar.

Por otra parte, la detención de la carrera de armamentos estratosféricos podría constituir el primer indicio de un poco más de sabiduría y el inicio de un proceso de desarme. Desgraciadamente, el inconveniente mayor para nosotros es la posibilidad que tienen los soviéticos de transferir de la estratosfera al "teatro" europeo el plutonio necesario hace poco para conseguir la igualdad en la carrera cuantitativa que precedió las SALT y que sigue todavía (MIRV). Y esto es precisamente lo que hacen los soviéticos, si es cierto que "mirvan" los misiles de alcance medio (SS 20) reservados a Europa Occidental. Todos sus nuevos cañones, por encima de la paridad estratégica ya adquirida, podrían estar apuntados, a partir de ahora, sobre nosotros...

Buen resultado es éste verdaderamente de las negociaciones aplaudidas en nombre de los grandes principios por los europeos, aunque no hubieran sido invitados a ellas, y que permite desde ahora al adversario multiplicar por tres, o por cinco, o más, el número de cabezas nucleares que nos están reservadas. Los ausentes siempre están equivocados...

Y sin embargo, sería pueril y ridículo acusar a los norteamericanos de haber soslayado gracias a las SALT la única amenaza verdaderamente mortal para ellos -la increíble proliferación de los megatones soviéticos de los años 70- al precio de la seguridad de sus aliados. La caridad bien entendida comienza por uno mismo: ¿Quién, en su lugar, no hubiera hecho igual? Ahora queda simplemente el deducir la implacable lección y neutralizar, por nuestra propia cuenta, de un modo u otro, la amenaza estratégica que se agrava en nuestro propio cielo mientras se esfuma en el cielo norteamericano.

Para ello es suficiente equilibrar las fuerzas estratégicas del teatro regional con las del adversario, suponiendo que las otras -las del

teatro mundial- se ven equilibradas por nuestros aliados norteamericanos. Y hacer, en este ámbito, un esfuerzo complementario, que por otro lado, no tiene nada de desmesurado, partiendo de los arsenales estratégicos - que la prudencia de Francia y de Inglaterra, impuesta por siglos de historia, ya ha construído, en espera de que unos acuerdos similares a los SALT detengan en Europa una carrera que los dos Grandes han acabado - por considerar estéril y ruinoso para ambos por encima del Atlántico.

Dotadas de este modo las fuerzas estratégicas europeas para que puedan hacer frente a la proliferación de las del adversario, a sus posibilidades incrementadas de contrabatería, contra los silos y los aerodromos, a la defensa pasiva (que el enemigo también refuerza) y, en caso necesario, a una reimpulsión de su defensa antimisiles parada momentáneamente tal vez a causa de las conversaciones SALT, queda contrarrestar la amenaza específica que pesa sobre Europa: la guerra relámpago nuclear (2) de la que se ve protegida Norteamérica por el Océano. La posibilidad de hacer saltar en pocos días la cabeza de puente de Occidente en Europa impone al Estado Mayor soviético, para la defensa de la URSS en una guerra mundial, una actitud táctica decididamente ofensiva. Los Ejércitos occidentales pueden difícilmente esperar más éxito que Napoleón o Hitler para ocupar los inmensos territorios de la Unión Soviética; se hace difícil ver en que forma podrían adoptar una táctica ofensiva al comienzo de un conflicto. Por el contrario, el menor error táctico inicial en el continente podría pagarse con la sumersión en pocos días de un territorio extremadamente exiguo, entre la frontera del Elba y el Atlántico. Después de lo cual, un "muro del Atlántico" sellaría por mucho tiempo el destino de Europa Occidental, impidiendo toda posibilidad de éxito a una nueva operación "OVERLORD".

Esta temible asimetría geográfica, en el tablero de juego estratégico mundial, no ha pasado desapercibida evidentemente a los tácticos soviéticos y todas sus acciones están visiblemente orientadas a sacar provecho de ella. Si a ello se añade que el Atlántico, a consecuencia de la evolución reciente de la tecnología de los armamentos, ya no es el nexo que constituía hasta hace poco para el transporte macizo de refuerzos, sino que se está convirtiendo cada vez más en un foso vigilado por las "jaurias" de submarinos del almirante Gorshkov, y mañana, tal vez, prohibido a la navegación de los grandes buques de superficie por baterías de lar-

(2) Entendemos como tal la invasión con medios acorazados abriéndose paso a golpe de armas nucleares.

go alcance que hoy pueden concebirse, se comprende que el aislamiento - del promontorio -es decir del campo de batalla europeo- se ha hecho una posibilidad amenazadora que es conveniente tener también en cuenta.

En el caso de que fracase la disuasión, hipótesis que no tenemos derecho a ignorar, no hay más que un obstáculo, uno solo, que se pueda oponer a la realización de dichos planes militares. Demos las gracias a los soviéticos por reconocerlo claramente, porque es precisamente para superar este obstáculo por lo que ellos han elaborado toda su doctrina táctica. Este obstáculo, es el arma nuclear táctica, capaz según los soviéticos, de bloquear sobre el terreno todas las operaciones militares. Oigamos algunos de sus testimonios, todos concordantes, sobre este punto importantísimo:

"En lo que se refiere a la guerra contra-carros, la revolución contemporánea es esencialmente la posibilidad de destruir formaciones enteras de carros mediante una sola explosión nuclear, o de poner fuera de combate a grandes unidades de medios acorazados con ataques nucleares masivos...".

"Un ataque efectuado por numerosas armas nucleares puede infligir una derrota decisiva a un ejército compuesto de varias divisiones acorazadas o mecanizadas, o anular su ofensiva" escribían Biriuzov y Melnikov en 1972 en su obra "La Guerra Contra-Carros", un estudio entre otros muchos sobre este tipo de guerra.

Dadas estas premisas, no existe, pues, más que una solución para abrir el pasillo, y esta es efectivamente la "guerra relámpago nuclear", que implica en prioridad la destrucción o la neutralización, por sorpresa, de las baterías nucleares de la defensa. Y las decenas de libros publicados consideran el potencial nuclear táctico del adversario como el objetivo a destruir con prioridad absoluta.

Sidorenko en 1970 escribía: "El ataque nuclear es un ataque simultáneo sobre la profundidad total del despliegue adversario. Tiene por finalidades:

- 1) Destruir los medios nucleares,
- 2) Destruir las unidades de combate y sus sistemas de mando,
- 3) Aislar el campo de batalla,

- 4) romper la línea principal de defensa y marcar los pasillos principales de ataque".

La paralización de los medios nucleares del enemigo lleva al problema anterior, al de la segunda guerra mundial en que el carro era el rey de la batalla. Esta es la condición "sine qua non" del éxito de la contraofensiva acorazada soviética hacia el Atlántico.

Para concluir con las citas, veamos lo que dice el Mariscal Sokolovski: "El objetivo principal del combate en el teatro de operaciones será la destrucción de las armas nucleares del enemigo. Si no se eliminan o no se neutralizan estas armas nucleares, es imposible esperar que se lleven con éxito las operaciones militares".

Esto queda, pues, claro y es lo que nos dicta la solución a adoptar en prioridad para reforzar -en la forma en que debemos- la disuasión y, para el caso muy improbable en que fracasara para asegurar sin embargo la defensa del continente europeo sin vernos obligados a recurrir al empleo de las "armas suicidas".

La disuasión se ha basado esencialmente, al menos hasta ahora, en el temor de una escalada cuya culminación sería el sacrificio general de la población civil, lo que nadie quiere, evidentemente. La amenaza de contestar a una agresión militar con la matanza del personal civil enemigo ha sido durante algún tiempo, en los Estados Unidos, la estrategia oficial de la "Respuesta masiva", hasta que el Sputnik, al demostrar la reciprocidad de dicho sacrificio, consiguió quitar, por la ley del Talión, toda credibilidad a este terrorismo masivo que, convertido en doctrina oficial de las grandes naciones civilizadas, puede servir de caución moral al terrorismo simple y puro...

Ello no impide que los rehenes -las ciudades- sigan estando ahí, y los "pelotones de ejecución", en número cada vez mayor, estén preparados para efectuar su siniestro cometido. Pero, ¿Quién y en nombre de qué, se atreverá realmente a desencadenar el proceso? ¿Quién tirará el primero? No es preciso que esto sea la única opción del desgraciado defensor, a menos que prefiera -elección no desprovista de sentido- la rendición al holocausto.

Es ahí donde el "Blitzkrieg nuclear" previsto por los soviéticos para la batalla de Europa viene a hacer más verosímil el desencadenamiento del proceso y a revalorizar a las fuerzas estratégicas. La destrucción

previa de las baterías de la defensa, repartidas en toda la profundidad del teatro de operaciones, implica evidentemente una gigantesca descarga, por sorpresa -como lo preconiza Sidorenko- que será muy difícil de distinguir de un ataque estratégico contra-ciudades y susceptible, en esta ocasión, de desencadenar una respuesta.

El "ataque relámpago nuclear" impuesto por la defensa nuclear táctica es pues, ya, un factor importante de auto-disuasión, porque es el propio agresor quien tendría que apoyar el botón fatídico y aceptaría sobre sí el riesgo de la destrucción de su propio personal civil. El valor de la amenaza suprema para inhibir las veleidades de agresión al nivel inferior se halla, de un modo simultáneo, seriamente rehabilitado por el propio adversario, y el papel de las fuerzas estratégicas para mantener la paz se ve bruscamente restablecido. Es necesario y suficiente, para ello, que la defensa táctica nuclear aliada imponga claramente al adversario esta temible opción, este riesgo desproporcionado, frente a la existencia de potentes fuerzas de represalias estratégicas.

Pero todavía hay más, ya que la ofensiva nuclear "anti-fuerzas" prevista, complementada solemnemente con la afirmación de que no va orientada contra la población civil, podrá tal vez, dentro del espíritu del adversario, prohibir al defensor el recurso suicida del argumento supremo y definitivo. Una distinción en los fuegos estratégicos en función de sus objetivos, podría introducir un nuevo factor de dudas para el defensor y malos cálculos para el agresor. En este sentido, la imposibilidad física de la ofensiva terrestre, en cualquier caso, sería seguramente más disuasoria que los riesgos de genocidio, ya que en este momento se abre un foso entre la estrategia anti-ciudades y todas las restantes formas de guerra.

Pues bien, los tácticos soviéticos parecen tan convencidos, en sus escritos, de la imposibilidad de operaciones ofensivas sin la destrucción previa de las baterías nucleares de la defensa, que no se arriesgarían en dichas operaciones si no pudieran contar con la certeza del éxito de su contrabatería inicial. Para disuadir de ataques terrestres, aún sin agitar el espectro del holocausto general, sería suficiente, pues, demostrar el carácter perfectamente ilusorio de la contrabatería. Aquí, los procedimientos de defensa táctica toman el relevo de las amenazas estratégicas, y todas las piezas del rompecabezas comienzan por fin a unirse: política y estrategia, disuasión y defensa, táctica y técnica, enmascaramiento y protección, y todos los parámetros clásicos y algo olvidados del arte de la guerra concurren al mantenimiento de la paz.

A los antípodas de la guerra atómica nos llega un mensaje de Vietnam, y en primer lugar, de Dien Bien Fu. Nos acordamos del desastre, una de cuyas razones principales fue sin duda el fracaso total de la contrabatería. A pesar del dominio absoluto del aire, a pesar de la potencia de fuego aplastante de nuestros aviones tácticos y de los cañones de 155 de la ciudadela, no se pudo destruir uno sólo de los cañones de 105 del Vietminh que la cercaban a 10 kilómetros durante el asedio, y su acción fue decisiva para firmar la suerte del campo atrincherado y decidir el resultado de la guerra. El coronel que mandaba la artillería, consciente de este fracaso, se creyó responsable y se suicidó. El método vietminh era simple: los cañones no salían de su cavernas, excavadas en las laderas de la montaña, más que para ejecutar sus misiones de tiro, y volvían rápidamente a sus refugios una vez cumplidos sus cometidos, evitando así los efectos del fuego de contrabatería. Diez años más tarde, los millones de toneladas de bombas de los B-52 norteamericanos lanzadas como alfileres sobre las zonas sospechosas no parece que tuvieron un mayor efecto sobre las fuerzas del Viet-Cong dispersas, hábiles en el enmascaramiento y en el enterramiento para protegerse. El enmascaramiento, la dispersión y la protección anulaban una potencia de fuego aplastante.

La contrabatería sobre vectores nucleares, cañones o misiles, por las mismas razones, no tienen porque conseguir los efectos esperados por los soviéticos: se pueden enmascarar y proteger tan fácilmente como las baterías vietminh de Dien Bien Fu, ya que su alcance permite su despliegue muy lejos del campo de batalla, y la observación aérea por el adversario, por encima del territorio defendido por las armas antiaéreas modernas se hace extremadamente difícil cuando no imposible.

La adquisición de objetivos más allá de la zona de contacto todo el mundo lo reconoce, incluido Sokolovski- parece casi insoluble en toda la profundidad del dispositivo de defensa permitida actualmente por el alcance de los vectores.

En cuanto a la contrabatería llevada a cabo con armas nucleares contra armas nucleares, tiene una inmensa debilidad en relación con la clásica, que a veces permitía destruir un cañón con un proyectil: el tiro de un cohete nuclear para destruir otro significa el consumo de un potencial relativamente raro con la certeza de no obtener a cambio, y ya en el máximo, más que un resultado equivalente; tirar el primero y quemar sus cartuchos nucleares sobre objetivos mal definidos, incluso falsos, es tal vez la mejor manera de malgastar el potencial de combate más precioso y

a fin de cuentas, a falta de munición, de abrir al adversario el camino - que se esperaba abrir para uno mismo.

La "prioridad de las prioridades" en la ejecución del combate terrestre preconizado por los tácticos soviéticos y sin la cual, según sus propias declaraciones, no puede concebirse la ofensiva terrestre, es pues "a priori" una completa ilusión. Subordinar el ataque a la destrucción previa de la artillería enemiga es sin duda alguna una precaución - muy inteligente, pero es una condición perfectamente irrealizable, ¡salvo que se combata contra un enemigo particularmente cooperador! Es cierto que, si hemos de creer en la angustia actual de algunos especialistas norteamericanos (3), el dispositivo nuclear de la OTAN ofrece justamente a los artilleros soviéticos el maravilloso "cuadro" que ellos de -- sean. La preocupación por el "control político" de las armas nucleares, que las reúne dentro de un número limitado de depósitos más protegidos contra los amigos que contra los enemigos, y otras medidas que reflejan la irresolución de la "respuesta flexible" norteamericana serán la única oportunidad de éxito del "Blitzkrieg" soviético, y la explicación de su elección se halla tal vez en el divorcio actual entre la política y la táctica en Occidente.

Por otra parte, el envolvimiento vertical por vía aérea, preconizado por los soviéticos, parece igualmente impracticable a gran escala a causa de la vulnerabilidad nueva de las aeronaves por un lado, y de las zonas de reunión de las tropas aeroportadas por otro, que justificarían el empleo del menor armamento nuclear ("MININUKÉ") y de las reservas acorazadas de la defensa.

Para deshacer los planes establecidos por el Estado Mayor - soviético y garantizar la disuasión de la ofensiva terrestre, es preciso - pues disponer de baterías nucleares tácticas en gran número, y es necesario que su dispositivo y su maniobra, al igual que las de los artilleros - vietminh de Dien Bien Fu, aseguren su supervivencia frente a la contrabatería inicial. En este sentido, sus facultades para esquivar los golpes, de protección, de enmascaramiento, de decepción, son tan importantes como su potencia de destrucción; en una palabra, la táctica es tan importante como la técnica para garantizar la defensa y la disuasión.

Una y otra condición parecen hoy perfectamente conseguibles en el continente europeo, y con los medios propios. Falta que la voluntad política, todavía ambigua, quiera sacar partido de esta única oportunidad.

Es preciso tomar conciencia de ello, ya que el instinto de conservación de los norteamericanos, vulnerable solamente ante el arma nuclear estratégica, contra la que se han prevenido, les impulsa cada vez más a minimizar el papel de las ANT (4), y mañana tal vez se sentirán tentados a retirar las suyas de nuestro continente a fin de evitar cualquier riesgo, Después de la "respuesta flexible", la "pausa" y otras sutilezas, he aquí que ahora nos llega del otro lado del Atlántico la preconización de una "disuasión convencional" basada en el empleo masivo de los PGM en Europa (5)

Estos nuevos misiles son desde luego providenciales para valorizar la defensa nuclear, esto es innegable (6). Garantizarían un mercado interesante a la industria norteamericana. Pero sostener que pueden reemplazar a la defensa nuclear frente al "Blitzkrieg" soviético, esto es pura incoscienza, es la locura. La doctrina Schlesinger da a entender que una parte del arsenal estratégico norteamericano podría ser empleado contra objetivos tácticos. ¿Se trata de hallarle, ante los ojos del contribuyente norteamericano, estupefacto por la proliferación de cabezas estratégicas, un "papel" en tiempo de guerra y la justificación del precio pagado por los millares de misiles? ¿Se trata de un pretexto para justificar la retirada de Europa de los "Lance" y "Pershing", cañones y obuses nucleares, y otras armas cuyo empleo, sigue siendo para la enorme mayoría de los norteamericanos, sinónimo del fin de Norteamérica? Tal vez se trata de ambas cosas. Pero importa poco. Lo esencial para nosotros es comprobar que a pesar del testimonio y de los esfuerzos persistentes, desde hace veinte años, de los especialistas calificados norteamericanos, de los estrategas, tácticos y técnicos, los responsables políticos continúan sus presiones, desde 1960, para retirar de Europa las únicas armas que podrían garantizar su defensa. Y, una vez más, no se les puede reprochar por ello. Por muy evidente que ella sea para quienes se sienten vulnera-

(3) Véase: "The Nuclear Land Battle" (Strategic Review-Invierno 1976)

(4) Arma Nuclear Táctica

(5) Consúltese en particular el artículo de Walter Schütze (Défense Nationale, Marzo de 1976): Las nuevas armas (misiles) guiadas con precisión y sus consecuencias militares y políticas.

(6) Véase el artículo de este mismo autor, Marc GENESTE, titulado "El concepto estratégico de Los Alamos" (Defense Nationale, Octubre de 1976).

bles al "Blitzkrieg nuclear" soviético, la defensa fácil no interesa visiblemente en el mismo grado a la masa de los norteamericanos, protegidos por seis mil kilómetros de océano de una amenaza que no es mortal para ellos. Ninguna lógica hará variar a la opinión pública norteamericana que, en más de un 90%, es hostil al empleo de las ANT para la defensa de los aliados, como lo han demostrado todos los sondeos de opinión efectuados estos años pasados. Y el nuevo Presidente no puede ignorar los deseos de sus electores.

Corresponde, pues, a los únicos interesados poner en ejecución por su propia cuenta los medios y la doctrina de defensa y de disuasión que el propio adversario le impone claramente. ¡Ayúdate tú, que Norteamérica te ayudará...! Es todo lo que interesa en primer lugar a su propia supervivencia: la neutralización del arsenal intercontinental soviético, el control de los mares y otras tareas que serían desmesuradas para Europa sola, como resultaba desmesurada para Norteamérica sola la defensa del mundo libre de la que ha pretendido asumir la responsabilidad hasta nuestros días. Los dos pilares de la Alianza tienen cada uno su papel específico y complementario. Hoy en día se impone una división de trabajo.

La defensa terrestre de Europa ya no puede ser "made in U.S.A.", especialmente en el plano de las concepciones, por el hecho de que la sola evocación del arma nuclear táctica hace doblar las rodillas del coloso norteamericano, y mantener, contra la opinión de sus propios especialistas, una doctrina de defensa terrestre absurda.

Avisados deportivamente por el adversario, los altos responsables políticos de nuestra defensa, que tiene una vocación europea, harían bien en meditar su mensaje, recordando el de Guderian quien, antes de 1939, nos había prevenido claramente del Blitzkrieg convencional entonces en preparación. Para las dos mitades de la vieja Europa que se enfrentan, la certeza de no poder hacer nada militarmente la una contra la otra acabaría tal vez orientando sus energías hacia tareas más constructivas, o hacia una defensa más o menos solidaria contra las nubes amenazadoras en el cielo meridional...

Finalmente, la eficacia del terror nuclear anti-ciudades para inhibir las veleidades guerreras ya no tiene por que demostrarse, y si todo vale más que la guerra, es cierta. Pero, después de veinte siglos de cristianismo, basar la paz de un modo indefinido en el intercambio de millones de rehenes, apuntando en permanencia el tiro de "pelotones de eje

"cución" estratégicos sobre todas las ciudades del mundo civilizado no es, desde luego, muy sano, y una solución igual de eficaz pero de menores riesgos sería mucho más satisfactoria para el espíritu. Los "rehenes" civiles no podría quejarse, así como tampoco los militares que en ella volverían a encontrar su vocación tradicional.

Marc GENESTE.